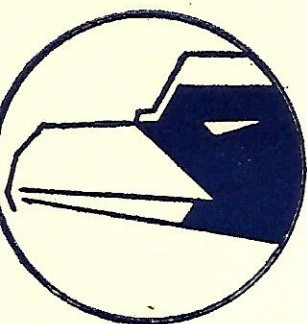




club explorador

a.e.n.l.

C O N D O R

fundado en 1940

Arista Nte. 835

Monterrey, N. L.

RESEÑA DE LA EXCURSION OFICIAL #⁴962 DE PRIMERA FUERZA AA.
RECORRIDO: SAN FRANCISCO, PUERTO ZENON, MANZANO, PUERTO PICACHO, TEJOCOTE,
LAGUNA DE SANCHEZ, SAN ISIDRO, CIENEGA, P. ZENON, SAN FRANCISCO;
CELEBRADA LOS DIAS 1, 2, Y 3 DE MAYO DE 1964.

Partimos el viernes 1º a las 9.00 hrs. en mi Tracatrán: Arturo, Javier, Roberto Muñoz y un servidor, y poco tiempo después estábamos en San Francisco, en donde dejamos a Tracatrán encargado. Llevábamos la intención de repetir el recorrido que hiciéramos por vez primera en noviembre de 1961. En aquella ocasión por sólo disponer de dos días habíamos efectuado la parte de exploración propiamente -el tramo entre el Manzano y la Laguna- de noche, por lo que no pudimos enterarnos de muchos pormenores de la ruta, no obstante lo cual nos había gustado mucho. Roberto la había efectuado hace un año, por lo que nos sería de gran ayuda en los tramos en que la selección de veredas fuera incierta.

Los cuatro íbamos con mejor humor que condición física, por lo que emprendimos lentamente el ascenso por la cuesta. Poco antes de mediodía llegamos al aguaje y decidimos comer allí. Preparé una sopa de fideos delgados con pedacitos de papa, pero como el fideo se coció muy pronto, para cuando las papas estuvieron medio cocidas el fideo ya se había hecho engrudo, pero todos estuvieron de acuerdo en que era el engrudo más sabroso que habían probado, excepto Javier, quien dijo que el engrudo sabía a crema de champignones. Por desgracia no todos teníamos la misma imaginación de Javier, y tuvimos que contentarnos con el sabor de fideos.

Cerca de las 14.00 hrs llegamos a Puerto Zenón donde nos tomamos dos sodas cada quién, y Arturo, que ya tenía hambre de nuevo, unas gordas de harina. Luego empezamos a bajar por la hermosa vereda que conduce al Manzano, haciendo mil remembranzas de experiencias pasadas. La primavera se notaba por doquier, y el aire nos traía aromas exóticos de flores escondidas en el bosque: nos atacó la fiebre de primavera y nuestros alaridos hicieron compañía a mi radio que sintonizaba música de los Panchos.

Arribamos al Manzano a las 16.00 hrs y en cuanto escogimos el lugar del arroyo más adecuado para acampar, kije a la raza que yo iba a bañarme, y todos se me quedaron viendo como a un bicho raro y diciéndome que no compartían mi salvajismo. Cuando les dije que también traía jabón camay, Javier expresó: -¡qué bien, así vas a oler a perfume francés!, a lo cual contesté: -Pero tú vas a oler a queso francés; lo cual los puso a meditar que tal vez no era tan mala la idea del baño, pues al rato me siguieron Arturo y Javier, y sólo Roberto, pretextando

tener catarro, se mantuvo al margen de tan insólitas actividades. Después de bañarnos y lavar nuestra ropa, fuimos al manzano a tratar de comprar huevos y tortillas, pero como ya era en la tarde, tan sólo conseguimos huevos. En el manzano había una docena de escandalosos de Monterrey en las casas más arriba de la de don Sotero Fernández, que se dedicaban a disparar sus armas en lo que aparentemente era una batalla campal contra imaginarios indios e inofensivos pájaros. Regresamos al campamento, cenamos y luego nos acostamos, pues pretendíamos salir temprano al siguiente día con rumbo a la Laguna.

Sábado 2. Me levanté a las 7.00 hrs y acompañado por Roberto, quien me contaba sus peripecias de la noche anterior contra el duro suelo que acabaron por decidirlo a dormir encima de Arturo, fui al Manzano a comprar tortillas, pues ya nos habíamos acabado el pan. Por el camino íbamos tratando vanamente de ver a los invisibles jilgueros que trinaban que daba gusto al hermano sol. En el Manzano tuvimos que esperar a que hicieran las tortillas, por lo que regresamos después de las 8.00 hrs a preparar el desayuno. En eso estábamos cuando los escandalosos fueron hasta el campamento aparentemente a cerciorarse de que no estuviéramos empuercando el agua potable que baja al Manzano, cosa que habíamos tenido buen cuidado de no hacer. Los saludamos y nos preguntaron a dónde íbamos; les respondimos que a la Laguna de Sánchez, pero ellos no tenían idea de dónde era, cuando les dijimos que estaba detrás de la imponente sierra y que nos llevaría unas 12 horas de camino llegar a ella, declinaron nuestra invitación para acompañarnos y se regresaron al Manzano.

Terminado el desayuno y lavados los trastes empendimos lentamente la marcha a las 10.15 hrs siguiendo la vereda por el curso del arroyo. A medida que subíamos, el paisaje se tornaba más hermoso: toda aquella región era un paraíso de verdor y jamás hubiéramos querido salir de aquellos bosques de frondosos pinos; pronto nos detuvimos a tomar fotografías. Seguimos ascendiendo y encontramos varias personas que confirmaban nuestra ruta y nos aseguraban que más arriba encontramos agua -un detalle de la mayor importancia, pues de lo contrario tendríamos que esperarnos hasta la laguna para encontrarla de nuevo-. Cerca de mediodía hicimos un alto en el camino para comer: para entonces estábamos a gran altura sobre el manzano y dominábamos un paisaje magnífico. Comimos y seguimos "semper ascendens" hasta que alrededor de las 14.00 hrs llegamos a un terreno desmontado denominado "aguas grandes" que era donde debíamos buscar el agua. No nos costó trabajo encontrarla ya que estaba a la vera del camino.

Al principio la raza le hizo el feo ya que aquello era un lodazal, pero encontré un lugar donde nacía y estaba muy fresca y con sólo un ligero sabor a lodo. Como no estábamos en condiciones de poner nos nuestros moños tomamos abundantemente de ella, pero es justo decir que estaba bastante aceptable, que peores hemos bebido.

Nos encontrábamos muy cerca ya de la cumbre de la sierra; el aire era sumamente fresco, aproximadamente a 25°C mientras escuchábamos en el radio que en Monterrey estaban a 37°C; en ocasiones al llegar a algún pequeño puerto el aire era tan violento que nos hacía sentir frío y ponernos nuestras camisetas pero al seguir caminando el ejercicio nos hacía entrar en calor de nuevo. Unos 50 mts. más abajo de la cumbre llegamos a una pequeña explanada que nosotros habíamos designado como "el zacatal". Dejamos las mochilas junto a la vereda y caminamos unos 20 mts hasta el borde de los pinares: desde allí se veía el Manzano, la Villa, la presa y el valle. Luego nos movimos un poco hacia el sur y tuvimos a nuestros pies el cañón de la Camotera: podíamos ver desde la Trinidad, Potrero Redondo, el Arroyo de Lagunillas, el Pico Esperanza, la Camotera, y hasta la casa de Don Melitón y Gumaro, donde dos veces habíamos pasado la noche en época de lluvias y en pleno invierno. Tomamos más fotos.

Después de un rato de estar allí continuamos la marcha y a las 16.30 hrs llegamos al Puerto Picacho, en el mero filo de la sierra. El puerto era pequeño y boscoso, por lo que no podíamos ver desde allí el paisaje, pero hacia adelante todo era bajada, lo cual fué una gran noticia para nuestros músculos adoloridos. Celebramos el acontecimiento preparando un sabroso te helado y luego empezamos el descenso. Pronto salimos de lo más espeso del bosque y pudimos contemplarla Laguna como una gran esperalda formada por sus hermosos trigales. Tomamos más fotos.

Descendimos tan rápidamente como la prudencia aconsejaba y nuestra fatiga permitía; seguíamos las mismas veredas de hacía tres años. Pronto encontramos agua, nos refrescamos y bajamos al lecho de la laguna. Al pasar por una parcela de trigo entablamos conversación con el dueño, quien alabó el fresco colima de la laguna y nos sugirió pidiéramos permiso al profesor para pernoctar en la escuela. Llegamos al pueblo de Laguna de Sánchez a las 19.15 hrs, exactamente 9 horas después de haber salido del Manzano.

Fuimos a la casa del profesor y no lo encontramos, pero su esposa e hijas nos recibieron e invitaron a cenar, cosa que aceptamos antes que se arrepintieran. Nos dieron unos deliciosos huevos y frijoles con tortillas calientes, de los que repetimos hasta saciarnos, y nescafé. Luego de conversar un rato, a las 20.30 hrs nos retiramos porque estábamos muy cansados y al día siguiente debíamos levantarnos temprano para regresar a Monterrey. Antes de dormirnos Arturo nos deleitó con un jarabe tapatío sobre su colchón de aire, para gran beneplácito de la concurrencia quien aplaudió el show sabatino.

Domingo 3: La noche anterior dormimos muy agusto excepto Roberto que según dijo no podía dormir porque el suelo de cemento estaba muy duro; se levantó temprano y fué a platicar con un lagunero quien le sugirió algunos remedios para el cansancio muscular que prefiero no mencionar aquí. A las 7.00 desperté, y cuando Roberto estaba viboreando a su amigo el pseudo-médico, de repente se puso tieso como la mujer de

de Lot convertida en estatua de sal: su amigo estaba junto a una de las ventanas. Roberto le explicó que nos estaba pasando sus recetas al costo; lo saludamos y nos repitió la prescripción que naturalmente no seguimos.

Fuimos a la tienda a comprar provisión para desayunar y comer todo aquel día. Al regresar a la escuela nos avisaron que la profesora nos esperaba para desayunar. Era una mujer de alrededor de 50 años, con un corazón de oro, que desde que supo que éramos estudiantes nos brindó la más cordial acogida. Desayunamos opíparamente, y no sabíamos cómo agradecer todos sus favores, incluso nos había dado un montón de tortillas recién hechas para el camino. Lo único que pudimos hacer fué dejarle la provisión que habíamos comprado y ya no necesitaríamos.

A las 8.30 nos despedimos de nuestros amigos e iniciamos el descenso hacia San Isidro. Van entrando al cañón nos detuvimos a bañarnos y lavar nuestra ropa en el arroyo. El agua estaba fría, circunstancia que aprovechó Roberto para salirse a los pocos minutos, pero aquel sabroso baño nos reanimó soberbiamente y seguimos el curso del cañón. Pronto nos dió alcance un camión de redilas que nos llevó hasta la Ciénega rápidamente, mientras Javier le gritaba "chofer del demonio". Nos dejó precisamente ante la nueva casa de la Tía Cruz a eso de las 11.00 hrs. La casa estaba adornada de claveles y lirios multicolores pues la Tía Cruz, tan popular como siempre, celebraba ese día su 80avo cumpleaños. Estaba ella en el porche y la saludamos y felicitamos, y como de costumbre nos ofreció su casa para que preparáramos de comer. Aunque sólo Arturo tenía hambre, decidimos hacer allí de comer pues era el último lugar con agua antes del Puerto Zenón.

Preparamos una abundante sopa de arroz y limonada con coolaid, de lo cual servimos en primer lugar a Tía Cruz, ante sus protestas de que debía ser ella quien nos ofreciera de comer, pero le dije que me ofendería si desairaba mi comida, y la pobre no tuvo más remedio que comérsela. La sopa alcanzó para invitar a todos los vecinos allí presentes aunque fuera un taco. Dejamos a Tía Cruz la provisión que aún teníamos con nosotros y a las 13.00 iniciamos el ascenso hacia puerto Zenón, a donde llegamos a las 14.45. Allí encontramos al Club Roda quienes habían bajado sólo hasta la Ciénega.

Tomamos unas sodas y más fotos y emprendimos el descenso hacia San Francisco, a donde llegamos como a las 17.00 hrs. Tan pronto me vió, Tracatrán empezó a mover la colita de puto gusto; nos montamos en él y regresamos a Monterrey, que nos brindó una calurosa bienvenida.

" U N I D O S Y A D E L A N T E "

ASISTENTES

Javier Aldape.
Arturo Salazar.
Roberto Muñoz (invitado).
Eduardo Verduzco.

C/evm

E. Verduzco